

ETA asesina al portavoz del PP en el País Vasco

ASESINOS DE LA RAZÓN

GREGORIO ORDÓÑEZ

TRANSCURRIDAS apenas unas horas del asesinato del Primer Teniente de Alcalde de San Sebastián y Presidente del Partido Popular de Guipúzcoa, Gregorio Ordóñez, la consternación que me produce este nuevo acto terrorista contra un demócrata que se había significado en la lucha por la paz, dificulta la lucidez e incluso la serenidad con las que quisiera redactar estas breves líneas que se me piden.

Vaya por delante que, previamente a cualquier otra consideración y en nombre de todos los socialistas vascos, deseo hacer llegar a la familia de Gregorio Ordóñez y a la dirección del Partido Popular nuestro intenso dolor y nuestra más sincera solidaridad en estos terribles momentos.

Los socialistas hemos tenido ocasión de vivir experiencias similares en nuestras filas y sabemos bien la rabia contenida que se siente cuando un compañero es abatido por las balas de aquellos que se encuentran instalados en el odio y en el objetivo de destruir el País Vasco y la convivencia democrática.

Es necesario mantener la serenidad en esos momentos, como se ha reclamado desde la dirección del Partido Popular que ha sufrido este embate del terrorismo.

La sociedad vasca ha visto una vez más derramarse la sangre de un demócrata, cuyo asesinato debe de llenar de vergüenza a todos aquellos que, con silencios premeditados o justificaciones intolerables (dirigentes y militantes de la coalición Herri Batasuna) tratan aún de amparar la violencia.

No olvidemos que mientras los voceros de ETA se pasean sin problemas por las calles de Euskadi, algunos de los que estuvieron al frente de la lucha contra el terrorismo pasan por trances muy amargos.

En más de una oportunidad he afirmado que lo que estamos librando en Euskadi es un combate entre la sinrazón y el fanatismo de los violentos y la razón que, en nombre de la sociedad civil, asiste a los demócratas. El terrorismo golpea la razón, nos golpea a todos, cada vez que atenta y siega la vida de cualquier ciudadano.

Sin embargo, tengo la seguridad de que la razón se abre paso de un modo imparable en la sociedad vasca y acabará por imponer su lógica, erradicando definitivamente los comportamientos de aquellos que manchan con sus crímenes la convivencia pacífica y democrática.

Hoy es un día triste para Euskadi y para España, y, más allá de las legítimas discrepancias políticas que pudiéramos mantener, Gregorio Ordóñez se afirma en la conciencia de todos nosotros como un hombre valiente al que los terroristas no le perdonaron que siempre diera la cara contra sus desmanes y crímenes.

La unidad de todos los demócratas es el mejor homenaje que podemos prestar a quien hoy ha sido víctima de la brutalidad asesina de ETA.

Frente a los violentos, todos los ciudadanos, debemos redoblar nuestros esfuerzos para expresar colectivamente la repugnancia que nos producen los terroristas. Y, de un modo especial, los dirigentes políticos tenemos la obligación de no perder en debates accesorios o controversias secundarias sobre el terrorismo, o sobre hechos condenables, pero ocurridos hace ya diez años. No nos equivoquemos de enemigo; los terroristas se aprovechan siempre de nuestras divisiones o de aquellos elementos que contribuyen a deslegitimar la acción del Estado contra ETA.

Mantengamos la unidad y el ánimo de toda una sociedad que está harta de quienes tratan de envilecerla con su cobardía moral.

José María BENEGAS HADDAD

UN FRACASO MÁS

EL terrorismo es el imperio de la sinrazón. Y hoy, con el atentado del que ha resultado víctima Gregorio Ordóñez, este principio se manifiesta de manera clara y diáfana. Otra vez más, una víctima inocente es sacrificada para dar testimonio de la existencia de una causa que sólo se justifica y legítima en la violencia y en el asesinato.

No hay un asesinato más triste que otro; ni más injusto que otro. Todas las víctimas del terrorismo deben despertar en nosotros la misma irritación y la misma solidaridad. Pero la lectura del asesinato de Gregorio Ordóñez tiene apuntes y matices distintos, tanto en el momento en que se produce como por las circunstancias de la víctima. Si el terrorismo es, por definición y siempre, una práctica que busca y pretende la desestabilización de la sociedad, ahora, con este asesinato, esta perversa finalidad alcanza

PARA la legión inmensa de sus compañeros del Partido Popular de toda España, Gregorio Ordóñez parecía imbuido de un aura de valor personal y gallardía, fronterizas de la temeridad. Para él eran en congresos y convenciones las ovaciones más sostenidas y trepidantes. La dureza de sus enfrentamientos dialécticos con las fieras carroñeras de HB en el Ayuntamiento de San Sebastián; sus denuncias vigorosas de las ambigüedades, complacencias, tibiezas y dobles lenguajes del nacionalismo «no violento», le habían granjeado un prestigio de hombre audaz, cercado por las amenazas, asediado por una hostilidad casi físicamente perceptible, a la que hacía frente sin el menor asomo de baja, con su permanente sonrisa estrepitosa de niño grande.

Desde que fue presidente de Nuevas Generaciones —la organización juvenil del PP— de Guipúzcoa, había decidido, como él mismo decía, no darle ninguna oportunidad al miedo. Se negó a que el miedo —la más insidiosa de las secuelas del terror— se inmiscuyera en su proyecto vital. Y, por eso, jamás tomó precauciones especiales de seguridad, ni modificó su estilo de vida, ni dejó de pasear a cuerpo por San Sebastián, ni abandonó su costumbre de «chiquitear» por los bares del barrio viejo, con sus amigos, entre los que presumía contar con no pocos «abertzales».

su perfección. Resulta un tópico decir que los terroristas han fracasado una vez más. Pero es verdad; es así como se lo vamos a demostrar entre todos. La democracia no está en su capricho, ni la libertad en la punta de sus pistolas. El terrorismo fracasa cuando, frente a sus actos, la sociedad razona masivamente en contra de lo que el terrorismo representa. Éste es su gran fracaso.

Que descansen en paz Gregorio Ordóñez y que hasta su familia y sus compañeros de partido llegue el aliento de la solidaridad democrática de todos cuantos compartimos con ellos y como propio su dolor y su irritación.

Pero que la desesperanza no se adueñe de nosotros, sino todo lo contrario. Sólo el arraigo de nuestros sentimientos democráticos nos permitirá ganar la batalla.

Miquel ROCA JUNYENT

«¿Para qué quiero escolta?», solía decir. «Para sentir sobre la conciencia la responsabilidad de dejar a unas viudas más, aparte de la mía». La única concesión que hizo a las amenazas fue la de posponer su proyecto matrimonial, cuajado hace apenas un par de años, y del que es fruto un hijo de pocos meses.

Pero de todas estas cosas, Gregorio Ordóñez hablaba sin la menor truculencia, con una pasmosa naturalidad. Tenía asumida como patriota y como creyente la idea de la muerte; pero, en el fondo, era tal su incapacidad para el odio, su incomprensión profunda del terrorismo que cabe suponer que en lo más hondo de su corazón latía la convicción de que no podían matarle, porque no había razón alguna para que unos vascos matasen a otro vasco, tan rabiosa y radicalmente vasco, como él. Porque creía con todas sus fuerzas que no existía ninguna razón para matar a nadie.

En los últimos tiempos, sus investigaciones sobre la infiltración de ETA en la Policía Municipal donostiarra habían incrementado las amenazas y lo había situado en el punto de mira de la banda. Su propio análisis objetivo le llevaba a concluir que se encontraba en una situación de alto riesgo. Pero no alteró para nada su jovial conformidad, su conducta ni sus emociones.

El ejemplo de Gregorio Ordóñez galvanizó a tantos donostiarras, sumidos por el miedo en las catacumbas del silencio y el disimulo. En las elecciones autonómicas de 1986, AP obtuvo en San Sebastián el 6,92 por ciento de votos; en las últimas europeas, el 22,50, siendo la fuerza más votada, posición que repetiría en las últimas elecciones autonómicas. En este espectacular crecimiento se encuentra la razón del esfuerzo de Gregorio Ordóñez y el sentido de su sacrificio. El pasado jueves, José María Aznar lo proclamaba candidato a la alcaldía de San Sebastián.

Nunca como ahora debemos preguntarnos, ¿dónde está, oh muerte, tu victoria? Han destruido, con la vesania de la capucha y el tiro en la nuca, una vida humana. Única, intransferible, irrepetible, como todas las existencias personales. Pero si sus miserables verdugos creen haber conseguido algo más, se equivocan radicalmente. Nunca más, nunca más, los buenos vascos y buenos españoles de San Sebastián volverán a someterse al chantaje del terror, espoleados por el ejemplo del sacrificio inmarcescible de Gregorio Ordóñez. Descansen en paz.

Gabriel CISNEROS